

En la isla bendita de Cunábula, al atardecer del día de la purificación del sol, la celebración se encontraba en pleno apogeo. Esta fecha, la más importante del año, era celebrada por todos los habitantes del reino, quienes, sin importar su raza, estatus o edad, participaban en alguna o varias de las actividades que se desarrollaban durante ese día.

Este antiquísimo culto, el día de la purificación del sol, estaba estrechamente vinculado al solsticio de verano y representaba una demostración contundente del amor y respeto de cada individuo de la isla por su nación. También era una oportunidad única para la renovación espiritual y el reforzamiento de vínculos entre los participantes de la solemne fecha.

Precisamente, abarcando este último aspecto, la Gran Procesión, organizada por la Cofradía del Templo, se erguía como la actividad más destacada entre todas las que se llevaban a cabo ese día. Recorriendo toda la isla, el gran patriarca y los principales sacerdotes del templo viajaban de comarca a comarca, purificando la tierra de cualquier corrupción mágica. Acompañados también de músicos y de las multitudes de seguidores, esta maratón de fe, desde el amanecer hasta el atardecer, representaba vivamente el saludable espíritu de la nación.

Además de esta gran actividad, existían otras que podían llevarse a cabo ese día, aunque su significado e importancia variaban según los grupos particulares de personas que las realizaban. Tal era el caso de la hoguera de la purificación, el salto de fe, el andar lunar, entre otros.

No obstante, ajeno a toda la festividad que inundaba el aire de esa tarde, una figura insospechada observaba a lo lejos la celebración.

Desde uno de los miradores en la cima de la montaña más alta de la isla, esta pequeña y peculiar figura, apenas visible, contemplaba cómo transcurría la ceremonia bajo sus pies.

Mitad inferior de león, mitad superior de poni, era una criatura nativa de la isla: un "leoconi".

Más precisamente, un joven leoconi.

Pertenecientes a una de las seis razas principales que habitaban la isla de Cunábula, los "leoconis" constituían una especie heterogénea, distribuidos en todos los niveles sociales del gobierno feudal que dominaba el reino. Sin un liderazgo claro dentro de sus propias castas, mantenían una ligera mayoría entre los miembros de las fuerzas de seguridad ciudadana y el ejército.

A pesar de su expresión severa y porte marcial, el joven leoconi que observaba desde el mirador no pertenecía a ninguno de esos grupos.

Pertenecía a uno aún más importante.

Era un aprendiz de la Hermandad de Caballería, el grupo de élite encargado de asegurar la seguridad y prosperidad de Cunábula. Formados en magia y estrategia, los miembros de la Hermandad de Caballería ocupaban, sin excepción, los puestos más relevantes en el gobierno de la isla, llegando a ser generales, consejeros reales y grandes jueces. Ser elegido para esta orden era un honor en todos los niveles sociales.

Y no podía ser de otra forma, ya que los escogidos para la Hermandad de Caballería tenían también la posibilidad de alcanzar el título más alto en el reino: ser llamados "Caballeros del Orden", la mayor distinción de virtud para un miembro de cada una de las seis razas que habitaban la isla.

Muchos niños (e incluso adultos) soñaban con pertenecer a esta élite de la élite.

Sin embargo, el joven leoponi, inmóvil frente al panorama debajo de él, no estaba soñando, tampoco se encontraba en una misión especial de su selecto grupo, ni mucho menos disfrutando en privado del jubilo del día.

Estaba sinceramente preocupado.

"¿Cómo pueden estar celebrando en medio de la crisis en la que estamos?!", gritaba en su interior el joven leoponi, con una amarga expresión en el rostro.

La causa de su aflicción se hallaba a sus espaldas, o más bien, en lo que no estaba a sus espaldas.

Allí, en la cima más alta, se alzaba el Templo Sagrado de Cunábula, que brillaba con un fulgor sobrenatural. En su interior se guardaba la magia más poderosa del reino: la magia del árbol de la armonía. Durante aquel día, el templo estaba protegido por una bendición mágica, volviéndolo impenetrable y aumentando el poder de todos los habitantes de la isla. Su resplandor reflejaba la fe del pueblo en su nación y su patriotismo, alimentando a su vez el velo mágico que ocultaba y protegía a toda Cunábula del mundo exterior.

Por supuesto, este lugar tan importante no carecía de guardias. El joven leoponi y todos en el reino sabían que el templo era custodiado ese día sagrado por los líderes de la Hermandad de Caballería. Sin embargo, en ese momento, los renombrados líderes, los "Caballeros del Orden", no se encontraban ahí.

Este era un suceso inédito en los últimos mil años y, como uno de los miembros más leales de la Hermandad, el joven leoponi consideraba esto profundamente perturbador.

Aun así, parecía que a nadie más le importaba. La celebración continuaba como si todo estuviera bien. El Gran Patriarca, líder de la Cofradía del Templo y provisionalmente también de la Hermandad de Caballería, no mencionó nada al respecto en su discurso de mediodía. El joven leoponi, preocupado, envió una carta solicitando refuerzos de seguridad, pero solo recibió una invitación para unirse a la Gran Procesión, junto con una recomendación de pasar el día con su familia y amigos.

Por supuesto, él no aceptó esa respuesta.

Sin muchas opciones a las que acudir, invitó a sus compañeros de la Hermandad de Caballería a participar en una vigilia por el reino. Vigilia que incluiría el ayuno de purificación, una prueba reservada solo para los más devotos, que consistía en no probar bocado durante todo el día, con el propósito de purificar el espíritu y aumentar el poder mágico.

Eso tampoco funcionó. Nadie acudió.

El joven leoponi se encontraba solo, abandonado por sus compañeros y acompañado únicamente por la incómoda compañía de su propia soledad.

O, tal vez, no estaba tan solo: a su lado descansaba una cesta de frutas.

Mirando la cesta, pensó en su amiga Dana, hija del actual rey y aprendiz acólita de la Cofradía del Templo. Dana misma le había dejado la cesta antes de que comenzara la ceremonia de purificación. A pesar de la diferencia en sus posiciones, se llevaban bien y habían compartido buenos momentos en la escuela de iniciados. Aunque últimamente se veían poco, ella lo conocía lo suficiente como para saber que él

intentaría el ayuno y la vigilia. Teniendo todo esto en cuenta. ¿Dana había dejado la cesta para poner a prueba su fe o simplemente porque pensó en él?

El joven leoponi cerró los ojos, manteniéndose firme. No dejaría escapar ninguna lágrima. Tras un momento de sincera melancolía, volvió a mirar la cesta a sus pies. El brillo de las frutas maduras y el aroma dulce que desprendían invadían sus sentidos. Su estómago gruñó.

Rápidamente recordó las enseñanzas de su líder y maestro, el Gran Patriarca: "Limpia tu mente, limpia tu espíritu de las tentaciones de este mundo". Sin embargo, su estómago continuaba rugiendo.

"¡Lo juro, Dana! Cuando termine la vigilia, disfrutaré hasta la última gota del néctar de este regalo bendito", prometió el joven con fervor, bajando la cabeza en señal de resignación.

De repente, mientras el joven leoponi se perdía en sus pensamientos, un olor desconocido llegó a su nariz.

Algo no estaba bien.

Alarmado, giró la cabeza hacia el camino vacío que había estado vigilando y distinguió una figura encapuchada acercándose al templo.

"¡Alto ahí!", rugió el leoponi, en un tono firme que resonó en el aire.

El encapuchado dio unos pasos más antes de detenerse.

El leoponi lo observó con cautela. Aunque la figura no parecía hostil, su instinto le decía que no debía bajar la guardia. Bajo el sol de la tarde, la sombra del extraño se extendía en el suelo como una espada, lo cual solo intensificaba la inquietud del leoponi.

"¡Muéstrese de inmediato! El ocultamiento está prohibido en este Templo Sagrado", proclamó el leoponi, esforzándose por mantener un tono respetuoso. Ya había tenido problemas en el pasado con sus superiores por "atacar primero y preguntar después".

Pero el encapuchado se quedó en silencio, observándolo sin responder.

La falta de respuesta solo aumentaba la preocupación del leoponi. Su mente trabajaba frenéticamente: ¿De dónde ha salido este individuo? La teletransportación y la invisibilidad están prohibidas aquí. ¿Podría ser alguien importante del "Concilio"? Mientras continuaba analizando, una punzada de dolor en la cabeza le recordó que ayunar ese día no había sido para nada una buena idea.

Entonces, el extraño rompió el silencio.

"Saludos, cachorro. He venido a ver al 'Gran Patriarca'. Es un conocido mío, así que, ¿podrías llamarlo de inmediato?", dijo una voz femenina, suave y musical, aunque extrañamente encantadora. Nunca había escuchado una voz así entre los miembros del "Concilio" ni en ningún otro lugar del reino. Eso solo significaba una cosa...

Era una extranjera. ¡Una enemiga! ¿Aquí? ¿Había llegado finalmente el momento de demostrar su valía? ¿Podría... pelear?

Descidido, con sus pensamientos ya en orden. Exhaló profundamente, disipando sus dudas restantes, y le clavó una mirada feroz a la extraña.

"Ningún conocido del 'Gran Patriarca' vendría aquí como un ladrón. Tampoco se ha anunciado tu llegada. Te daré una oportunidad: ¡márchate y déjanos en paz!", declaró el leoponi con toda la firmeza que pudo reunir, preparándose para el combate.

"Vaya, así que esto es lo que tenemos... ¿Ni siquiera preguntas mi nombre?... Muy bien, seguiré mi camino", respondió el encapuchado con una calma que resultaba insultante. Sin inmutarse, continuó avanzando.

"¡Qué arrogante... Prueba esto!", pensó el leoponi mientras lanzaba su primer ataque.

Tres grandes rocas emergieron a los lados del camino y salieron disparadas hacia el encapuchado. Era una hazaña notable para alguien tan joven como él, pero gracias a la bendición del templo y al ayuno de ese día, había acumulado suficiente magia para realizarla.

Sin embargo, ninguna roca impactó su objetivo.

En lugar de eso, las tres rocas comenzaron a orbitar alrededor del encapuchado, quien parecía completamente indiferente al ataque. Al cabo de un momento, las rocas regresaron a sus posiciones originales.

El leoponi quedó atónito, sin poder creer lo que acababa de presenciar.

"Uhhh... ahora es mi turno", pronunció el encapuchado.

Un calor repentino invadió el cuerpo del leoponi, y un segundo después, todo se volvió oscuro.

[---]

Su cabeza le dolía. Sentía cómo su cuerpo se balanceaba en el vacío, como si alguien lo estuviera llevando. Todo era confuso. Voces resonaban cerca de él.

¿Había muerto? Las voces se materializaron en su mente. Se estaban moviendo.

"...no deberías temer tanto a mi gran señor. Activar otro árbol seguramente resolvería tu problema de personal". Era la voz musical que había escuchado antes.

"Cunabula tiene la situación bajo control", respondió el 'Gran Patriarca'.

Un escalofrío recorrió el cuerpo del leoponi al reconocer la voz del 'Gran Patriarca'. Pero, ¿dónde estaba? Un velo parecía cubrir su rostro y todo estaba oscuro. No podía mover su adormecido cuerpo. Entonces comprendió que era el 'Gran Patriarca' quien lo estaba llevando.

"Si así lo dices", continuó la voz musical, sin mostrar respeto en sus palabras. "Por cierto, ¿quién es el 'cachorro'?"

"Es el próximo rey de Cunabula", respondió el 'Gran Patriarca'.

"¿En serio? Tus 'estándares' han bajado... pero es terco, al menos cumple con lo mínimo para ser rey, ¿verdad?"

El 'Gran Patriarca' no respondió. ¿Había notado que lo estaba escuchando? Espera... ¿rey?

El ambiente pareció cambiar. El leoponi sintió cómo volvía a desvanecerse.

"¿En serio no me dirás su nombre?", volvió a preguntar la voz musical.

"Se llama 'Danu'", declaró el 'Gran Patriarca' con determinación.

Después de escuchar esas palabras, Danu volvió a perder el conocimiento.